

LLEDÓ, Emilio: *El epicureísmo*, Barcelona, Montesinos Editor, 1984, 152 págs.

Hace un tiempo, en el lúcido capítulo séptimo de su *Invitación a la ética*, señalaba Fernando Savater cómo la generosidad reconoce a los otros y no los rechaza en nombre del resentimiento denigrador o la avidez de posesiones; en el mismo tono y otros concordantes viene a expresarse ahora Emilio Lledó al tratar en un bello libro acerca del epicureísmo.

Entre nosotros ya existía un cultivador de calidad de los temas epicúreos, Carlos García Gual, y Lledó viene a sumarse a él, aunque no sólo desde una perspectiva histórica y crítica, sino también propiamente de ensayo creador, ensayo que en concreto reivindica la vigencia del mensaje de Epicuro para nuestras vidas y para nuestro mundo. No trata por tanto el autor de insistir en lo que ya ha sido escrito decenas de veces, sino de «ensayar» a partir de ello, de lograr «no sólo un ámbito de ideas

para el pensamiento, sino de propuestas para la vida».

El saber —advierte Epicuro y glosa Lledó— nos hará libres y además felices, pues nos llevará a estar situados más allá de todas las ideologías y prejuicios que enmascaran lo natural: «el conocimiento de la realidad permitirá deshacernos de la pesada masa ideológica que ha ido acumulando la sociedad en el duro proceso de su evolución y de su superación». Se trata en último término de saber y estimar la vida como un bien, la vida en cuanto «aquendidad» y «ser aquí», a la que se opone no obstante todo el mundo del dolor y a la que se oponen en particular las dificultades colectivas y políticas: «El mundo de la escasez, de la miseria, de la ambición y de la explotación presenta un arduo campo de conquista para una filosofía del placer que no quiera pasear por el mundo el emblema de una sangrante utopía. Es aquí donde reside sin duda la mayor dificultad. Porque la otra, la realidad del dolor y la enfermedad se desplaza a un territorio individual que la ciencia puede en muchos

momentos mitigar e incluso sanar.» Por supuesto nos hallamos ante la afirmación de lo sensible, pero asimismo ante la «de la inteligencia y de la mente, del lenguaje y el arte, del conocimiento y la sabiduría».

La vida sensitiva y feliz está llena de inteligencia, de belleza, de justicia, pero el gozo escapará sin una intimidad organizada que «movilice y oriente nuestra afirmación del mundo en el placer»; de ahí la ineludibilidad de la inteligencia práctica, el cálculo de las posibilidades y tensiones de la existencia: el principio y el mayor bien —sostendrá Epicuro— es la prudencia, ya que enseña que no se puede vivir bien sin vivir sensata, bella y justamente, ni vivir sensata, bella y justamente sin vivir gozosamente.

Exigencia de la «aquendidad» lograda es también la de la satisfacción solidaria y comunitaria y sin el placer innecesario que deteriora y pervierte; «rebosa mi cuerpo de dulzura viviendo a pan y agua», había dicho el filósofo de Samos, y Emilio Lledó comenta: «El pan y el agua, realidades para la pervivencia individual, son metáforas para la solidaridad colectiva. No es posible la vida social sin esa esencial distribución del placer, del placer de lo necesario. Detrás de la modesta expresión que reduce toda la teoría hedonista a ese "pan y agua" late la fuerza y la exigencia revolucionaria de la necesidad. Nada es posible, ni la cultura ni la ética ni la educación, si no se lucha antes por la política de lo necesario, por la política de la vida.» Adquiere entonces sentido la proclama epicúrea bien conocida de que vana resulta la palabra del filósofo que no sirve para curar algún sufrimiento del hombre.

En fin, se trata de la felicidad de una vida plena en la amistad, el más grande bien que la sabiduría ofrece para tal vivir feliz; Lledó destaca justamente lo original y bello del proyecto ecuménico de Epicuro: «La amistad hace su ronda alrededor del mundo, y como un heraldo nos convoca a todos a que nos despertemos para colaborar en la mutua felicidad.»

Inevitablemente la vida diaria está llena de grises y de pequeñeces, pero sin duda un texto como el que nos ha servido de punto de partida constituye una bocanada profunda de aire nuevo.

FRANCISCO ABAD

OROZCO, Emilio: *Introducción a Góngora*, Barcelona, Ed. Crítica, 1984, 312 págs.

Treinta años más tarde de su ensayo amplio y global sobre el lírico cordobés, Emilio Orozco ha vuelto a sacarlo doblado en extensión y con el mismo tono de obra de conjunto; paralelamente, sólo contábamos con la visión también integral de Dámaso Alonso en el volumen primero de su *Góngora y el «Polifemo»* (1967). Se trata de un trabajo bello que propone algunas posturas que nosotros vamos a sistematizar aquí, refiriéndonos sobre todo a las páginas que ahora son nuevas, y que —como decimos— son tantas como las antiguas.

Parte Orozco de estimar y valorar en don Luis al «más importante lírico del Barroco», y luego de ello sienta percepciones como estas cinco:

a) La obra gongorina deriva del proceso y expresión de su vivir diario. Es algo que ha dicho muchas